

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 9 DE ENERO DE 1921

NÚM. 19.324

POR LA ESPAÑA CASTIZA Y PINTOYESCA



EL ACUEDUCTO SEGOVIANO, DIBUJO A PLUMA ORIGINAL DE E. BRAÑEZ
Ayuntamiento de Madrid

LAS PEREGRINACIONES DE TURISMUNDO

La ciudad de Espeja.

Cuando ya el pobre Turismundo se creía en el páramo inacabable, a morir de hambre, de sed y de sueño al pie de un berrueco, al tropezar en un tocón vió a lo lejos, derretidas en el horizonte, las torres de una ciudad. Brotó sobre ellas, como una inmensa peonía que revienta, el Sol, y la ciudad centelleaba. Recogió Turismundo lo que de vida le quedaba y fué hacia la ciudad que, según él, se le acercaba, y el sol subía en el cielo, engrandeciéndose ella. Mas cuando ya estaba a su entrada, el aire parecíase espesarse y oponerle un muro.

Era, en efecto, un muro transparente e invisible. Siguió a lo largo de él, bordeando la ciudad, hasta que entró en ésta por una que parecía puerta en el muro invisible.

Las calles, espaciosas y soleadas, estaban desiertas, aunque de vez en cuando pasaban por ellas vehículos vacíos y que marchaban solos, sin nadie que los llevase ni guiase. Las casas, todas de un piso, tenían así como fisonomía humana; con sus ventanas y puertas y balcones, todo ello abierto de par en par, parecían observar al peregrino y a las veces sonreírle. Turismundo había olvidado su hambre, su sed y su sueño.

Desde la calle podía verse el interior de las casas, abiertas a toda luz y todo aire. En casi todas ellas, junto a muebles relucientes, al lado de camas que convidaban al descanso, grandes cuadros con retratos de los dueños acaso o de sus antepasados. Y ni una sola persona viva. De algunas casas salían tocatas como de armonio. Y llegó a ver, por una ventana de un piso bajo, el armonio que sonaba. Sonaba solo; nadie lo tocaba.

Detrás de las tapias de los sendos jardinillos de las casas alzábanse cipreses en que piaban y chillaban bandadas de gorriones. Y de todo como que rezumaba una quietud apacible y luminosa.

Fué a dar Turismundo a una larga calle con soportales. Se asomó a una de las abiertas casas y descubrió una gran biblioteca. Los libros estaban todos al alcance de su mano. Pero siguió calle adelante, por los soportales, hasta ir a dar en una plaza espaciosísima, toda poblada de estatuas y cruces y obeliscos. Era un gran cementerio; el cementerio, sin duda, de la ciudad desierta. Hallándose en el cual oyó sacudir el cielo los toques de una campana, y entonces se le despertaron, con fuerza devoradora, el hambre, la sed y el sueño.

Entró por la primera calleja, luego en la primera casa—todas estaban abiertas—, y llegó a un comedor, en medio del cual y en mesa limpia había de comer y de beber en abundancia y a escoger. Comió y bebió, no mucho, pero hasta satisfacerse, y luego procuróse la cama y cayó rendido de sueño sobre ella antes de poder desnudarse.

Cuando se despertó al día siguiente, Turismundo sentíase otro. Un indecible gozo de paz corría por sus entrañas. Fuése al comedor, desayunó un desayuno con aromoso y caliente café—hecho por quién?—y salió a la calle a descubrir mejor la ciudad. De cuando en cuando cruzaba algún vehículo vacío y un caballo solo y en pelo. Al pasar junto a la casa de la biblioteca entróse en ella, buscó un libro, el más a mano—y eso que estaba allí el catálogo y era facilísimo por él

dar con cualquier otro—, y se puso a leerlo.

Cuando volvió a salir a las calles de la ciudad invadióle un extraño y misterioso sentimiento. Era como si una espesísima, pero invisible, intangible e inoible muchedumbre humana le rodease. Sentíase entre un tropel de prójimos y como si se clavaran en él miles de miradores invisibles. Y hasta sintió, en las entrañas y no en los oídos, el eco de risas silenciosas. Apretó el paso y la

muchedumbre aquella no cesaba. Y no era, no, que le siguiesen; era que las calles y cantones y plazuelas y corrillos estaban todos atestados de aquella gente, a la que ni veía ni oía ni tocaba. Aunque a ratos sentía como voces misteriosas y el apretamiento de la muchedumbre.

Buscando encontrarse solo, alzó la voz para increpar a la turba invisible, silenciosa e impalpable, y la sangre se le paró, helada de terror, en las venas,

porque no se oyó a sí mismo. Parecía que el ámbito saturado de hombres, hecho de ellos, humanado—no humanizado—, ahogaba su voz y con ella le ahogaba a él. Y sintió hambre y sed y sueño de soledad; ansió con ansias mortales encontrarse solo, enteramente solo, viendo miradas y oyendo voces de hombres y de mujeres, tocando a prójimos. Y comprendió que la soledad, la verdadera soledad, la que le pone a uno cara a cara de Dios y lejos de sí mismo, es la que se logra en medio del tráfigo y tumulto de la gente.

Quiso salir de la ciudad y no pudo. Ceñíale aquel muro invisible, aquella faja de aire hecho como acero. Y desesperado se volvió por entre aquella muchedumbre invisible, silenciosa e intangible al cementerio central, a la gran plaza. Y paseándose, henchido de congoja, por entre las turbas y las estatuas, en cuyo mármol cantaba el sol, vió que una hermosa laude se entreabría como la valva de una ostra. Al acercarse él cerróse. Se detuvo Turismundo, buscó luego una tranca y aguardó junto a la tumba. Y cuando la laude volvió a empezar a entreabrirse metió la tranca por la rendija e hizo fuerza como con una palanca.

—¡No, por fuerza no!—dijo una voz que salía de la tumba.

Al poco rato salía a la luz un enano huesudo y cetrino.

—¿Y tú quién eres?—le preguntó Turismundo.

—¿Yo? Yo soy Quindofa, y tú, Turismundo, desde hoy mi amo.

—¿Y qué hacías ahí?

—¿Yo? ¿Qué hacía yo aquí? Pues yo hacía aquí, dormir.

—Pues que me llamaste tu amo, ¿me enseñarás a salir de la ciudad?

—¿De esta ciudad de Espeja? Sí, te enseñaré a salir de ella. Saldremos y juntos correremos mundos.

—¿Y esa muchedumbre invisible, silenciosa e impalpable que llena esta ciudad y no me deja solo un solo momento?

—¿No te viste nunca en un cuarto cuyas cuatro paredes y el techo y el suelo fuesen seis espejos? ¡La de gente que te rodearía allí! Pues esto y no otra cosa es lo que aquí te ocurre. Aquí todo es espejo.

—Y cuando quise hablarles no me oían.

—¡Es natural! El que habla solo y para sí solo se oye.

—Pues ahora, al hablarte, me oigo.

—Sí, porque yo, Quindofa, tu criado, te sirvo de eco. Si no repercutieran en mí y desde mí a ti tus palabras no te oírías. Pero ahora vamos. Dame la mano.

Le dió Turismundo la mano a Quindofa, el enano huesudo y cetrino, y sintió al punto que toda aquella muchedumbre invisible, silenciosa e intangible que llenara la ciudad se había recogido a sus moradas y por las calles desiertas fueron hasta la misma puerta invisible por donde el peregrino había entrado. Y pronto se encontraron en el páramo.

—¿Y ahora?—preguntó Turismundo.

—¿Ahora?—contestó Quindofa.—¿No ves allí, lejos, muy lejos, aquello que parece nube? Pues aquello es la montaña Queda. Vamos a subir a ella y me agradecerás la vista. Es una de las cosas más maravillosas que en este nuestro mundo—el tuyo y el mío—pueden verse. ¡Y aquella águila! ¡Y aquellas abejas!

LOS REYES PASAN

Muñequita núbil:
en tu corazón
ha puesto el ensueño
venturas en flor,
gasas de inocencia,
nimbos de ilusión.

Antes de que el alba
luzca su claror,
pasarán los Reyes
bajo tu balcón;
tornan de Judea,
de adorar al Dios
que en cuna de heno
humilde nació.

¡Los Reyes, los Reyes!
Me ha dicho Melchor
que en un pebetero
cual nunca se vió,
esencias te trae
de perenne olor.
Gaspar me ha contado
que a un ángel pidió
para ti, unos tules

de rico primor.
Y un raro amuleto,
que es mengua del Sol,
entre las macetas
de tu mirador
hallarás, que, pródigo,
Baltasar dejó
para que por siempre
te ría el amcr.

Muñequita núbil,
serafín de Dios;
yo no tengo esencias,
que un tesoro son;
yo no tengo tules
de rico primor;
no posco joyas
que eclipsen al Sol;
pero, a flor de labio,
tengo una canción;
óyela amorosa,
que la canto yo,
y es la ofrenda pura
de mi adoración.

«Entre los cendales de la noche fría
el alba es un faro que ya se presiente;
sacude tu sueño, muñequita mía,
que antes de que esparza sus luces el día
cruzarán tu calle los magos de Oriente.

¡Oh, la galanía de su cabalgata!
¡Oh, los alazanes y los dromedarios
que hollaron el polvo de la Libia ingrata!
Entre sus jaeces de azul y escarlata,
fulgen las preseas como relicarios.

La adorable infancia sabrá de su huella,
si la grey madura su paso no advierte;
que si allá en el cénit se eclipsó la estrella,
es la dulce infancia tan bruja y tan bella,
que en gloria tangible la ficción convierte.

¡Oh, si reviviera la ilusión florida,
la ficción sagrada de mi edad de niño,
por bordar la noble leyenda pulida
con la ingenua gala de esa bendecida
edad que no sabe de engaño ni aliño!

Sacude tu sueño, muñequita hermosa;
la sacra leyenda revive latente...
¿Quieres ver el fausto de la portentosa
tropa de la índica tierra misteriosa?
Ya cruzan tu calle los magos de Oriente.»

¿Duermes, muñequita?
¿No escuchas mi voz?
Acaso un querube
la urdimbre tejió,
con hilos de encanto,
de un sueño de amor.
Duerme, muñequita,
que te canto yo;

mientras que los Reyes,
súbditos del Dios
que en cuna de heno
humilde nació,
pasan con su tropa
bajo tu balcón.

Juan Luis CORDERO

LAS OSCURAS BOTILLERÍAS

APENAS hay pruebas gráficas de las botillerías. Esta que hoy ofrezco al lector la encontré en París, en el montón de otras aguafuertes. De algún modo da la sensación de aquellos recatados interiores con algo de vicaría y de saleta particular.

Las botillerías debieron de ser rincones agradables a los que sólo ahora encontraríamos todo el gusto íntimo de primeras reuniones públicas en que se hallaba a los desconocidos y a las desconocidas.

La de Canosa, la de Fúrcal y la de la Cibeles, que caía hacia donde hoy está la entrada de Recoletos, eran asobanadas y oscuras; pero ofrecían un rincón en la sombra para pensar en el porvenir, en el porvenir que es ya este día de hoy que gozamos con entera libertad y comodidad de pensamiento.

En la de Canosa, que estaba en una cueva de la Carrera de San Jerónimo, había que bajar varios escalones para entrar en sus gabinetes, tal como hoy para entrar en el «Sotaniello» de la calle de Alcalá, ese sitio de las natillas, en cuyo salón principal hay el más grande espejo de café y un ambiente húmedo y especial de antigua botillería.

La botillería de Canosa estaba iluminada por un candelil de veinte pábilos, y bajo la luz amarilla de los velones—luz amarilla en la que se intercalaban lúps blancas y rutilantes—se veían los bancos lustrosos y las mesas de madera oscura; de vez en cuando entraban las gentes sedientas, porque les había dado sed el polvo flotante del Madrid de entonces o la soledad de estar solos en el tiempo de entonces, gran sed que les entraba más que a nadie a los que bien podían haber sido gentes de hoy.

La botillería, servida como por barberos castizos, tenía la especialidad del licor y del refresco, sobre todo del licor, pues sus botellas se alineaban en altos aparadores, y había desde los aguardientes de caña de las Indias más lejanas hasta los dulces pardillos de por aquí cerca. El dueño de la botillería las alcanzaba con gran desparpajo, como quien caza la gallina elegida arrancándola a su travesaño, y como quien sacrificia y desangra por el cuello la gallina, así escanciaba la copilla—¿de tin-glás?—para el cliente, al que se la servían en seguida en los salerillos clásicos.

En las botillerías, de ventanas pequeñas con cristales—más que de cristal, de opaco color de pescado—, se alargaban mucho las visitas, como si los consumidores esperasen que pasase el tiempo desde su época oscura y tristonosa a otra época más luminosa y de mayores desgarras en la luz; esta de hoy, por ejemplo; quizá, por más quimérico ensueño, la de mañana.

Las cornucopias lucían como ventanas supletorias, con notas brillantes en lo opaco. En las paredes, algunos candilones procuraban reanimar el conjunto y ayudar al gran velón colgado del techo central.

Las mujeres solían entrar de vuelta de su paseo, con la mantilla al desgaire, con los encajes, por decirlo así, despeina-

y después el vaso de agua de la purificación. El chocolate, que, como ha dicho Bretón de los Herreros, «no es más que un despertador del hambre», empujaba hacia sus casas a las damas y a sus esposos o a sus novios, después de reposarlo un rato jugando con los gatos de la botillería. (¿Pensar que el chocolate—como los pavos, las patatas, el ta-

cuando sobre los duros bancos, para que las damas los pusiesen en su sitio y se sentasen sobre ellos.

La botillería que es italo-suizo-francesa—¡cuántas botillerías me he encontrado en Italia!—, tiene el sabor exótico de una institución liberal, parlamento privado de unos pocos, primer paso de una solidaridad y de una convivencia social hasta entonces desconocida.

En la botillería comenzó a sentirse menos sobre sí el alma humana, y probó ese sencillo encanto de mezclarse a los demás, de esperar lo desconocido y de pensar en el sitio en que la distracción puede ser más vasta y donde se saborea en su reservorio todo lo que es público en la ciudad.

La botillería era la bodega espiritual de la ciudad, y en su recato y su estar en el centro de todas las voluntades y ser andén de todas las posibilidades, estaba su principal ventaja, el mejor licor de la botella imaginaria que se descorchaba en la meditación, reclinada la cabeza en la sólida pared.

La botillería tuvo, indudablemente, encantos; pero a aquellos primeros y cargantes descubridores de la vida distinguida y europea, a aquellos hombres que caracterizan a la primera mitad del siglo XIX y a los que todo se les antojaba pobre, les parecía hedionda la botillería. Exageraron por amor a los brillantes quinqués, a las mesas de mármol y a los nuevos y delicados cristales en que les servían las cosas en los cafés, donde «trasiegan a sus estómagos—como dice un anónimo comentarista—una taza de carbón hervido, el cual, si de encina fuera, sería menos dañoso; saborean en seguida una o más copas de licor, cuyas partes de espíritu de vino o de aguafuerte ulceran el garguero, y las acompañan con el chupeteo de un puro, no habido en la terrena, sino de matute por mano del mozo».

Ya lejos, aquellas manolas, a las que invitaba un major después de ver a Pepe-Hillo torear, podemos evocar con menos ruido el tenebroso rincón iluminado por las luces del espíritu que se alumbra con luces más tenues que las de los salones; quizá con la luz negra que yo quisiera inventar en mi laboratorio.

Todo ese mundo indeciso de jóvenes, de hombres que entran a acariciar una ilusión en el local público, son los que más fuerza dan a la botillería y al café. Quizá lo que para mí ha dignificado más la botillería ha sido esa nota que hay en el digrio de Moratín, cuando siendo aún oficial de platero, se extralimitaba los domingos o fiestas solemnes a ir a la botillería y a gastarse «de seis cuartos a un real».

Ramón GOMEZ DE LA SERNA



“UNA BOTILLERIA DE MADRID”, AGUAFUERTE DE LLOVERA.

dos de como fueran cuidadosamente colocados a la salida de su casa. La especialidad de las señoras, más que la leche helada y la aloja, era la naranjada, de bello color, en los grandes vasos de campana, cuyo vidrio bajo la influencia del color y el dulzor de la bebida se tornaba como de caramelo.

También se tomaba chocolate en la botillería; el chocolate abolido en las casas por causa del retardo que impuso a las comidas la invasión francesa, retardo que hizo suprimir la siesta, detrás de la que era obligada la jfeara de chocolate

baco, el café, etc., etc.—viene de América y por primera vez lo toma Hernán Cortés cuando conquista Méjico, donde Moctezuma lo tomaba desde tiempo inmemorial!

La botillería estaba llena de cortinas que vestían y arropaban su friolencia y restañaban un poco su humedad. Muchas ratas, solas, esperanzadas, somnolientas, se asomaban bajo su bancos. Las ratas, muy amigas del silencio y grandes observadoras de la vida. Los gatos, poseídos por la molicie, dormían sobre los almohadones que había sembrados de vez en

EL HOMBRE QUE PERDIÓ EL TIEMPO

(CUENTO CHINO)



WANG-CHIH era un pobre hombre que vivía feliz con su mujer Ho-Seen-Ko y sus dos niños. Tenían que trabajar para comer; pero estaban contentos.

Un día, al irse Wang-Chih al campo, le dijo su niña Trien-Fu:

—No hay leña en casa, papá.

—Pues dame el hacha y la traeré del monte.

El pequeñín, que se llamaba Take-Sato, le dijo entonces:

—No te vayas a retrasar, que esta noche tenemos que ir a la Procesión de los Faroles.

La Procesión de los Faroles era una fiesta en la que todos los vecinos del pueblo colgaban un farol en las puertas de sus casas, y luego, por la noche, daban una vuelta por la población con un farol de colores cada uno.

Trien-Fu tenía un farol muy bonito, color perla, en forma de globo, como una luna llena; y su hermano, Take-Sato, otro farol, color naranja, de forma de un dragón. La niña colgó el suyo en la puerta de su casa, mientras el niño limpiaba bien el otro para llevarlo por la noche a la Procesión de los Faroles.

Wang-Chih se fué derecho al monte en cuanto acabó de trabajar, sin pararse siquiera a probar la merienda que llevaba. Después de caminar un rato vió a la puerta de una cueva un árbol a propósito para cortarlo y llevar a su casa la leña que hacía falta.

Entró en la cueva, para ver qué había dentro, y se quedó asombrado: dos hombres muy viejos estaban sentados en el suelo delante de un tablero de ajedrez, y, tan entretenidos, que ni siquiera levantaron la cabeza cuando Wang-Chih entró.

—No me han visto—se dijo éste—. Cuando levanten la cabeza les preguntaré si puedo cortar el árbol de la puerta.

Wang-Chih era aficionado al ajedrez y se interesó en la partida.

Pasó tiempo. Wang-Chih sintió hambre y sed, y en aquel momento alargó el brazo uno de los jugadores, y, sin decir palabra, cogió una bolita de un montón de ellas que tenía al lado, y se la metió en la boca a Wang-Chih. Aquella bolita era de una substancia muy suave que se le deshizo en la boca, quitándole en el acto la sed y el hambre que sentía.

De pronto vió que las barbas de los viejos crecían tanto y se hacían tan largas que llenaban todo el suelo de la cueva y se salían al monte por la puerta.

Wang-Chih pensó en voz alta:

—¿Qué sería de mí si me crecieran las barbas tan de prisa!

Uno de los viejos le habló por primera vez y le dijo:

—No nos han crecido las barbas de prisa. ¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Hará una media hora—contestó Wang-Chih.

El anciano se echó a reír.

—Medio siglo, y aun medio millar de años, parecen media hora al hombre que prueba eso—dijo, señalando con la mano el montón de bolitas que habían calmado el hambre de Wang-Chih—. Vete a tu pueblo y ya verás.

Volvió a su pueblo Wang-Chih, bajando la cuesta del monte todo lo corriendo que pudo. Pero en el sitio donde estaba su pueblo se encontró con una ciudad inmensa y grandiosa, llena de palacios y gentío. Corrió en busca de su casa, y no estaba; en su lugar habían construí-

do una casa magnífica. Preguntó por su mujer y por sus hijos, y, al oír el nombre de Wang-Chih, le dijeron las gentes:

—Ese es el hombre que se fué al monte y no volvió. Su mujer y sus hijos se murieron, hace muchos años, muy pobres.

Era aquél el día de la Procesión de los Faroles. Wang-Chih esperó a la noche. En las puertas de todas las casas se columpiaban, movidos por el viento, los farolillos encendidos, y por la calle arriba vió venir Wang-Chih la procesión de las luces de colores.

dolos; pero no eran ni Ho-Seen-Ko, ni Trien-Fu, ni Take-Sato. Las gentes le explicaron: desde el año que se fué al monte un hombre que se llamaba Wang-Chih era costumbre que fueran en la Procesión de los Faroles una mujer y dos niños como aquellos, en recuerdo de todos los niños que se quedan desamparados y no tienen ni un padre que los defienda, ni arroz que comer, ni farol que llevar a la Procesión de los Faroles.

El pobre Wang-Chih dejó pasar la procesión y lloró sentado en una piedra.

Luego, desesperado, se fué al monte para echar en cara a los viejos las desgracias que le habían ocurrido.

Al principio, le dijeron, encogiéndose de hombros, que se fuera y les dejara jugar tranquilamente; pero, al fin:

—Busca a la Liebre Blanca de la Luna—dijo uno de ellos—y pídele el elixir de la vida. Si bebes de él, vivirás cuanto quieras.

—No quiero vivir mucho; quiero encontrar a mi mujer y a mis pequeños.

—Busca entonces—dijo el otro—al Gran

Dicho esto volvieron a callar, siguiendo el juego, y Wang-Chih se sintió llevado por los aires, a lomo de una cigüeña blanca.

Volando, volando, llegó a la cueva del Gran Dragón del Cielo. Tenía el Dragón cabeza de camello, cuerpo de cocodrilo, veinte colas, garras de león, ojos de saltamontes y bigotes de foca.

¡Aquello era un dragón y lo demás son cuentos! Tenía, además, una perla enorme en la frente.

Wang-Chih se sentó encima de la puerta de la cueva, y, arrancando puñados de una yerba blanca que crecía en el suelo aquel por todas partes, le prendió fuego. Pensaba él que de este modo obligaría al Dragón a soltar agua para apagar el incendio.

El Dragón, que estaba durmiendo, sintió el picorcillo del humo en las narices, y abriendo un ojo, vió que se le llenaba la cueva de una tufarada espesa y negra. Salió entonces y soltó por los cuatro agujeros de su hocico cuatro torrentes de agua, que cayeron en la tierra haciendo nacer cuatro ríos.

Wang-Chih recogió un poquito de aquella agua en su botella y se dejó llevar por la cigüeña—volando, volando—hasta la Luna.

El Dragón era una fiera atroz; pero la Liebre Blanca era una viejecita muy sabia y muy amable. Pasaba la vida en su casita, inventando siempre maravillas y haciendo favores a todo el que llamaba a su puerta.

Wang-Chih fué recibido muy amablemente por la Liebre.

—Pasa, hijo mío. Tú dirás en qué puedo servirte.

Cuando oyó a Wang-Chih le llevó frente a dos ventanas y, abriendo la primera, dijo:

—Mira.

Wang-Chih vió un pueblo grandísimo, con palacios de mármol y oro, de maderas preciosas e incrustaciones de marfil; vió luces, y gente, y maravillas, y diversiones por todas partes.

Wang-Chih estaba absorto ante tanta riqueza y tantas magnificencias.

—Ese es tu pueblo. Mira cómo está ahora. ¿Quieres ir?

Wang-Chih meneó la cabeza, negando...

—Quiero encontrar a mi mujer y a mis pequeños.

—Para volver con ellos tienes que volver para atrás y vivir cuando el mundo estaba atrasado y tu pueblo era pobre.

Se asomó a la segunda ventana y vió un pueblecito chiquitín, muy pobre, con casas muy pequeñas, casi chozas. Allí estaba su mujer Ho-Seen-Ko y estaba su hija Trien-Fu colgando su farol, color perla, a la puerta de la casa, y Take-Sato limpiando su farol naranja, en forma de dragón, para llevarlo a la Procesión de los Faroles.

—Aquí, aquí; yo quiero quedarme aquí—dijo Wang-Chih, llorando y suplicando.

La Liebre sabía, la Liebre de la Luna, que es muy buena, muy blanca, lo sabe todo y vive miles de años, le hizo beber unas gotitas, y en el acto se encontró Wang-Chih cargado con un montón de leña monte abajo, camino de su casa.

—Papá, papá..., creíamos que ya no venías—dijeron los niños echando a correr para recibirle, cuando le vieron venir por la calle.

—¿Cómo has tardado tanto?... Wang-Chih se calló todo lo que le había sucedido, y aquella noche, alegre el corazón, fué con su mujer Ho-Seen-Ko, su pequeña Trien-Fu y su pequeñín Take-Sato a la Procesión de los Faroles.

La niña llevaba un farolillo, color perla, como una luna llena, y el niño un farolillo color naranja en forma de dragón.

Juan de las VIÑAS

Dibujos de BARTOLOZZI.

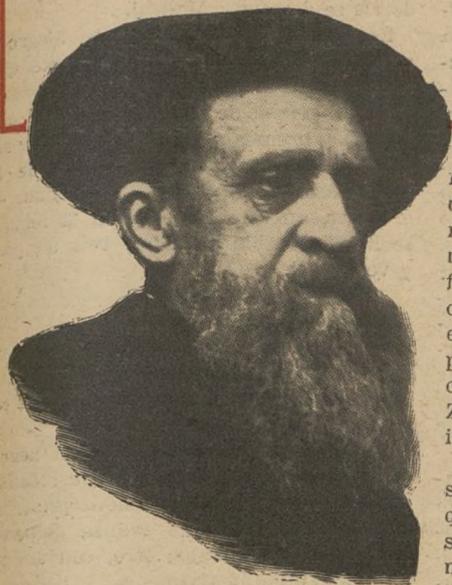


Al final de la procesión iban una mujer y dos niños, con trajes muy pobres, sin farol, y con un cuenco vacío en las manos. Los vestidos eran iguales a los de la mujer y los niños de Wang-Chih.

Wang-Chih corrió hacia ellos, llamán-

Dragón del Cielo. Vive en la cueva blanca de una nube. Unas veces vomita fuego y otras agua. Si vomita fuego, te abrasarás; pero si vomita agua podrás recoger unas gotas y mezclarlas con el elixir de la vida.

MEUNIER EN BRUSELAS



ra y devoradora de las más caracterizadas energías de su raza. De sus pinturas realistas quedan algunas, muy pocas y muy personales; duras ya, y recias como figuras de bronce. La más completa nos ofreció la áspera claridad de su lenguaje en aquel pequeño museo de Leipzig que, por guardar también una de las primeras composiciones *zuloaguescas* de Ignacio Zuloaga, parece ser como el camino de iniciación de la gloria.

Pero la pintura, por consistente que sea, no llega nunca a la consistencia inquebrantable de la materia viva. Y para su expresión, Meunier necesitaba la armadura más fuerte.

Como Bartholomé, que, ya pasados los cuarenta años, se hizo escultor para levantar por sí mismo un monumento a una muerta adorada, Meunier, ya en plena madurez, abandonó los pinceles por el cincel para levantar un altar al pueblo, cuya vida sentía palpar en su propia vida. Y así, sin buscar un estilo, sin quererlo, pero haciendo que el estilo naciese naturalmente y uniese entre ellas todas sus producciones, fué creando, cuando ya no se creía posible, en una época de internacionalización artística como la de hoy día, una especie de nacionalismo,

y hasta de regionalismo, que ensancha la obra en vez de limitarla, y la hace ser significación completa de un momento.

Existe un retrato de Meunier, que conservamos con entrañable cariño como definición de toda su obra. Representa al artista ya viejo, ya en el ocaso de su vida; pudiendo ya mirar tranquilamente hacia atrás, con la certidumbre del que ha seguido un camino recto desde sus comienzos. Está Meunier en pie, en medio de su estudio de Bruselas, de ese estudio que aún hemos conocido, alto y estrecho, casi triste en el grisáceo uniforme de sus paredes derruidas, manchadas únicamente por algunos lienzos que su autor conservaba como testimonio de sus primeras manifestaciones de amor a los trabajadores de Flandes. Un butacón viejo para los raros y cortos descansos; una estufa. Y luego, únicamente, unos tableros móviles y cajones sobre los cuales

se yerguen, con la inapelable dominación de su fuerza, algunas de las creaciones más representativas; esos obreros que, por su misma afirmación, fueron elegidos para constituir las principales figuras de ese «Monumento al Trabajo» que, sin vacuos ni *mitinescos* alaridos, es la obra social más potente producida por las modernas rebeldías. Y, en medio de estas figuras sobrehumanas de humanidad palpitable, Meunier, ancho, pequeño, tosco y apostólico, considerando frente a frente como a un universo el ideal salido de sus manos.

Ya hace quince años que ha muerto. Por entonces, muchos gritos y muchas protestas ni siquiera se vislumbraban. Y, sin embargo, cuando en este *hall* del museo de Bruselas nos vemos rodeados por las figuras que él hizo tipos definitivos, nos parece sentir agitarse el dolor y la potencia de todas las muchedumbres. Y éste fué sin duda el más caro deseo del artista que llegó a ser genial por fraternidad para con sus modelos.

Los primeros, desde hace cuatro siglos—desde Florencia con Miguel Ángel—Rodin y Meunier, han afirmado el triunfo en escultura de la idea natural contra la idea intencionada, y por eso sus obras, tan distintas en su apariencia, asemejanse estrechamente en el fondo de su intimidad. El ritmo nace de la forma y no la forma del ritmo, y la idea no se puede imponer, puesto que existe ya en cualquier forma natural. Cualquier obra de Rodin muestra todo el espiritualismo que puede alcanzar la pura realidad, y la obra entera de Meunier no es más que la proclamación de la idea tomada en la Naturaleza. Han hecho volver el bronce y la piedra a la vibración de la vida. Rodin ha encontrado de nuevo el modelado; Meunier ha sabido aplicarlo exactamente, y no se dirá nunca bastante lo que su influencia en este sentido fué benéfica y considerable: benéfica, porque asentó de nuevo la estatua sobre la tierra madre; haciéndola depender de su ritmo natural; considerable, porque toda la estatuaria, desde *La edad de bronce* y *El hombre del caballo*, viene de estas obras.

Era menester asociar los nombres de los dos maestros. Quizá de energía y de energía apasionadamente concentrada. Este *Hombre del caballo*, sereno, fuerte y consciente de su fuerza, «bien asentado», nos pudiera servir de resumen, de símbolo perfecto de una obra que es, a su vez, con toda serenidad y conciencia, símbolo perfecto de un ideal.

Rodin y Meunier han afirmado de nuevo — rotundamente — que un artista no puede adquirir exteriormente su ideal, pero que al sacar ese ideal de sí mismo necesita basarlo en todo lo que le rodea y recoger todo lo que le rodea en su expresión definitiva. Y la obra que el artista va sacando de su época y su alma es una de las voces que Baudelaire — el más artista de todos los poetas — llamaba faros de la humanidad.

EN Bruselas los museos tienen un gran encanto, un encanto que los distingue netamente de los demás museos de por el mundo, que son—y perdónanos los maestros ilustres—la cosa más antipática que pueda darse: martirio de viajeros más o menos cultos y martirio, sobre todo, de sensibilidades algo por encima de la especialísima sensibilidad *turística*. (Yo propendría que en las guías, en las guías más modernas y más perfeccionadas, hubiese paralelamente a las estrechitas indicadoras de la importancia de los monumentos algún signo indicador de la mayor o menor antipatía de los museos. Pero ya sé que no sirvo para comprender las altas manifestaciones del espíritu.)

En Bruselas, pues, los museos son especialmente acogedores; vamos a ellos sin recelo, seguros de hallar siempre esa obra que nos llevaremos luego muy recordada en nuestro recuerdo. Entramos con confianza. ¿Por qué? ¿Por esa cordialidad indefinible e insuperable esparcida por toda Bélgica, esa cordialidad que hace grata la estancia lo mismo en el divino Brujas que en la más humilde e incolora aldea flamenco? Tal vez. Pero nosotros creemos que es más bien porque la primera vez que entramos en un museo en Bruselas nos acogió Constantín Meunier.

Una sala inmensa, casi un *hall*. Ejemplares de escultura moderna, es decir, señores enlevitados de bronce, *Primaveras* y demás alegorías de buen gusto. Pero todo se esfuma, se anula ante las veinte o treinta obras de Meunier, que forman círculo en el centro. Y ya, aunque no viéramos más, podemos irnos tranquilos: Flandes nos ha dicho su secreto.

Una escultura, para ser una obra de nuestro tiempo, respondiendo a lo que nosotros podemos esperar hoy de una obra de arte, necesita recibir su impulso de la vida que nosotros vivimos y no de la que vivieron pueblos ya muertos: Meunier, que empezó siendo pintor, y pintor de Academia, dejó muy pronto la escuela para acercarse al *Borinage*, a la mina propulso-



“EL HOMBRE DEL CABALLO”, ESCULTURA FAMOSA DE MEUNIER.

Margarita NELKEN

IMPRESIONES DE UN LECTOR

DOS NOVELAS PSICOLÓGICAS

AUNQUE Alberto Insúa y Alfonso Hernández Catá no colaboren en sus novelas de ahora, tienen una modalidad literaria común. Tal se ve en sus dos últimas producciones: *Las fronteras de la pasión* y *El placer de sufrir*. Novelas psicológicas, de acción interna, noblemente escritas, sin concesiones a la voracidad sensual de las plebes.

La novela de Insúa es una obra *sentimental*. Yo quisiera dar a esta palabra toda la rehabilitación que merece. Una gran avidez de salud moral, de purificación, se cierne sobre esas páginas. Me parecen nacidas como un reflejo de la buena estirpe sentimental inglesa, lejana herencia de aquel plácido Richardson, que sólo adquirió morbosidad romántica al aclimatarse en el jardín de Rousseau. El autor, al escribir esa ficticia autobiografía, estaba también sometido a la impresión tonificadora de una lectura de Tennyson.

El amor de Leandra, para el pobre espíritu del protagonista, es una liberación: liberación del mundo corrupto en que aquél se mueve, sintetizado en una bella frase: «Yo soy de los que representan su vida, no de los que la viven.» El desenlace transcurre en un medio de interés personal para mí: Mallorca. Aquella fugaz impresión de mi isla es de una sobria exactitud. Pero Mallorca tiene ya sus tópicos imprescindibles, y resulta difícil plasmarla en una estilización nueva. Los olivos recordando la tortura de Laocoon... El jardín de las Hespérides... Lulio, Chopin y Jorge Sand... Por cierto que Lulio, una vez más, está presentado por Insúa en su manida y falsa leyenda, la de Núñez de Arce y Dicenta. No, Ramón Lull no entró a caballo en la iglesia de Santa Eulalia; ni fué espadachín, ni trovador, ni tuvo amores con la fantástica Ambrosia de Castelló, ni ésta pudo mostrarle el pecho corroído por un cáncer. Todo eso es la transfiguración de un pasaje moral narrado por el propio Lulio en el *Félix*, y al cual alude también Insúa; pasaje de ejemplario, puramente realista, al estilo de la profecía de Ezequiel, y cuyo protagonista es precisamente un obispo. La personalidad real de Lulio es mucho más fuerte y poética que su leyenda, producto de una aparatosa desvirtuación romántica. Y los versos en que Rubén Darío, en su epístola a la señora de Lugones, evoca al gran Raimundo, valen más que toda la precedente poetización de aquella figura tan rica en virtualidad sugestiva. Y aprovecho la ocasión para decir que esos versos, tal como aparecen en *El Canto Errante*, han sufrido una merma inexplicable. Cuando el gran poeta, cuando me los leyó en una noche inolvidable, y tal como fueron publicados, según creo, en *Los Lunes de EL IMPARCIAL*, tenían en el fragmento juliano una extensión mayor. Los versos que faltan en la edición corriente no merecen esa omisión; y si no resultase aquí desplazado el recuerdo, me atrevería a reconstruirlos de memoria; con tal firmeza se me grabó para siempre la prodigiosa intención con que Darío sintió al gran filósofo medioeval sin haberlo jamás leído. Perdonadme, lectores, la digresión.

Insúa, al evocar a Lulio, consigna una observación aguda y justa: «En los creyentes, la pasión es una fuerza, y en los escépticos, una enfermedad.» Exactísimo. Y en esa verdad radica la separación entre los dos sentidos trágicos o entre los dos romanticismos: el sentido trágico luchador (propiamente *agonía*), cuyo tipo es Prometeo, y el sentido trágico desahogado, pesimista, cuyo tipo es Hamlet.

El romanticismo constructivo de un Bolívar y el romanticismo suicida de un Werther.

Mucho menos me convence esta otra afirmación, que parece envolver el sentido moral de la novela de Insúa: «Ella no había querido nunca de amor al padre de sus hijos; pero la especie está por encima del amor.» ¡Alternativa torturadora! ¿Es el amor el engañoso medio de que se vale la especie para persistir, según la afirmación de Schopenhauer, o la especie no tiene más excusa ni razón de existir que el amor, en sus diversas formas, todas para mí espirituales? He aquí las dos tesis, la pesimista y la optimista. Si entre una y otra no mediase más que una divergencia intelectual, la importancia de esa distinción sería exigua; sería un puro teologismo. Pero yo creo que entre una y otra tesis hay una divergencia moral, y, por lo tanto, la norma de toda una conducta; la opción entre una fuente de bien y una fuente de mal. Y yo he procurado siempre creer en el amor-fin; jamás en el amor-medio.

Ambas protagonistas, la de Insúa y la de Hernández Catá, se redimen por la maternidad. La novela de Insúa termina con un gesto ritual, evangélico, eucarístico de paz doméstica en que el padre parte el pan sobre la mesa patriarcal, ahuyentando sin saberlo, la ronda de las antiguas y pecaminosas pasiones... ¿Pecaminosas? ¡Oh, problema final, que yo no resolvería, ciertamente, como el autor! ¿Dónde hay más impureza: en la sumisión a la especie, o en la sumisión al amor? Yo encontraré siempre, en lo primero, una repugnancia invencible, pese a todas las transfiguraciones poéticas.

La protagonista de la novela de Catá, *El placer de sufrir*, es una inquietante mezcla de stendhalismo y bovarysno. El título podría engañarnos, haciéndonos creer en una veleidat sádica, o más propiamente masoquista. Nada de esto. El-

vira es una provinciana en quien se forma una vaga conciencia de la propia superioridad sobre el mundo mísero que la rodea; y desde entonces la marcha infesta de su vida, el propio dolor, le parecen transfigurarse con un sabor amargo de expiación y sacrificio. Para esos temperamentos, la misantropía es un consuelo; y se la acaricia, en lo más obscuro del alma, como un culto secreto, como una inconfesada veneración a sí mismos.

La huella de Schopenhauer en *El placer de sufrir* queda explícitamente consignada. Véase: «Tímidamente, con esa vaguedad imperativa de los espectros, turbaba su quietismo la posibilidad de ser sólo instrumento de la Naturaleza para servir de crisol por donde debía pasar una estirpe.»

El autor evoca para su heroína, la paternidad de Julián Sorel, el personaje de *Le Rouge et le Noir*. Pero yo he recordado también, por una de esas rimas interiores, inconscientes para el propio autor, una novela de Zola, de las más intensas, aunque de las menos citadas: *La joie de vivre*. Obsérvese cómo la ironía de este título empareja admirablemente con la tétrica paradoja del otro: *El placer de sufrir*. Por cierto que la tesis de Schopenhauer es el asunto mismo de aquella novela de Zola, cuyo protagonista, un neurótico, sometido a morbosas alucinaciones, es una de las raras psicologías profundamente expuestas por su autor. La Elvira de Hernández Catá pertenece a esa familia vesánica, influida por vagas herencias, que actúan sobre la voluntad y la conciencia a modo de incubos... Al lado de esa Elvira, aun no teniendo la baja materialidad de su marido, de su respectivo Bovary, la vida resultaría un tormento atroz; por fuerza se nos contagiará una siniestra voluntad de muerte; de muerte propia o ajena, aunque siempre bienvenida y libertadora.

Pero la maternidad la redime. ¿Es también, como en Insúa, el sentido de la especie? No; es el nuevo amor, el amor al hijo. Y las palabras finales del libro le dan una moraleja netamente amorosa; es el triunfo del amor sobre la sociedad, cómplice de la especie. «Cuando llegue la hora de desear un compañero de viaje, hija mía, no calcules; invoca al Amor, pon con humildad tu diestra en la suya, y déjate llevar.»

Gabriel ALOMAR

RINCÓN DE MADRID

PLAZA DE LA TRISTEZA

EN las postrimerías de la calle de Alcalá, donde ya las casas se desparanman con bifurcaciones desiguales, dejando espacios desarticulados, se ven, al aire libre, numerosos talleres de marmolistas que allí amontonan urnas, losas, ángeles, cruces de blanca piedra.

Pasos más allá está la plaza de la Alegría. La plaza de la Alegría es un recinto triste, donde se despide a los muertos. Allí terminan oficialmente los duelos; de allí parten solos, en sus negras carrozas, los cadáveres, y allí, el acompañamiento se detiene para volver luego al interior de la ciudad viva. En la plaza de la Alegría concluye Madrid y comienzan los límites territoriales de la eternidad. Es la zona de una frontera limitada por un abismo que debemos franquear uno a uno. Puede decirse que más allá de esa plaza está el Más Allá. En esa plaza, en ese confín, ya pueden respirar tranquilos los muertos, porque los dejan solos, y los muertos quieren estar solos.

Ellos, en sus negras carrozas, siguen adelante; pasan un puente, que pudiera llamarse *del otro mundo*, y suben una

empinadísima cuesta, sobre la que sólo se ve cielo y por donde se pierden pronto, hasta jamás...

La plaza de la Alegría es circular y está rodeada de tapias cóncavas, de jardines descuidados y de casas no se sabe si en construcción o en ruina. En medio de la plaza, entre árboles tristes y deslavazados macizos, se alza un obelisco de piedra, coronado por una estrella de hierro, de agudas puntas. Es un obelisco que hace pensar en los del Egipto, el país de las solemnes exequias. Parece ese obelisco un jalón divisorio que se afina entre el tiempo y la eternidad. Allí debemos detenernos aún y oficiar la última ceremonia de las cabezas destocadas, los apretones de mano, las inclinaciones graves, las sonrisas y las palabritas, ante el indiferente cadáver, y regresar, callados y aprensivos; regresar todos, menos uno. Regresar... ¿adónde, a qué... y hasta cuándo?...

Hemos querido hoy saturarnos de naturaleza y hemos llegado a los extremos

de la calle de Alcalá, ancha vena por donde se desangra Madrid.

Es domingo, y mucha gente, alegre y ataviada, se mezcla con la gente que acompaña a sus muertos.

Pasan grupos de animados jóvenes, que cantan y bromean; pasan graciosas y saludables muchachas: la alegría de la vida; pasan los que toda la semana, en el taller, en el obrador y en la fábrica, se han merecido para hoy reír un poco y ver el sol.

Pero hoy no ha salido el sol. Bajo un cielo sucio del invierno, el aire zamarruea, los árboles y arremolina los amarillos cadáveres de hojas.

Cruza un coche con un ataúd negro, festoneado de galón; no ostenta coronas, ni le acompaña nadie, y lleva prisa. Sigue otro coche, que avanza despacio, abrumado de coronas; otro, con un puñado de humildes violetas, y detrás la moldurada urna donde llevan a un ángel entre frescas rosas; luego, otro coche, con un pequeñito estuche blanco, donde apenas cabe el corazón de una madre, y otro entiero, y otro... ¡Cuánta gente se va! En el interior de la ciudad viva parece que no se muere nadie. ¡Y se está muriendo todo el mundo!...

Si viniésemos todos los días a esta plaza, ¡cuán otra pudiera ser nuestra vida! ¡Cuánta la importancia enorme del tiempo! ¡Cómo los egoísmos serían más moderados, y las ambiciones más nobles, y los pensamientos más sinceros y humanos! Todo se modificaría y ponderaría en esta plaza de la Tristeza.

En esta plaza de la Tristeza dejamos, en un día, todo el optimismo de un año.

Porque, pese a nuestros disimulos y a nuestros aturdimientos, en esa plaza está siempre la Realidad. Y allí, al menos una vez, la vemos con una evidente contundencia, y conviene que, de vez en cuando, nos acordemos de la Realidad.

Sin embargo (afortunadamente), nuestra sensibilidad reacciona pronto. Aun allí mismo, nuestro pensamiento procura desviarse ligero de una obsesión molesta. La vida se resiste a la muerte, y de la tristeza huye el instinto por natural impulso, porque la tristeza es una *menuda de nosotros mismos*.

Así, con muy sabia prudencia y disculpable egoísmo, suelen muchos de los que forman en los duelos dividirse en animados grupos murmuradores, cruzan el puente y asaltan las tiendas de vinos y comidas, a beber y comer, antes de morir, lo que ya pensaba y practicaba Epicuro, el viejo filósofo positivo.

A la izquierda, pasado el puente, aquel del Más Allá, un barrio extremadamente silencioso, como si fuese un barrio del otro mundo, forma contraste muy marcado con la bullanga dominguera y típica de los merenderos. Entre éstos aún pretende imponerse una Agencia de Pompas Fúnebres, pintada de luto, con sus anuncios macabros, sus candeleros, sus velas de cera y sus crucifijos.

Pero en los umbrales mismos de la muerte, la vida pone una festiva feria, una nota fuerte de color; y en la traza misérrima de aquel lejano barrio de los humildes, una graciosa entonación de alegría y bullicio.

- Y allá va, por la empinada cuesta de la estrecha y destartada calle última, la hilera fúnebre y vacilante de los coches sagrados.

Mas nada tan humano como este contraste de vida y muerte.

Al fin, aquella es una calle más por donde se va a otra parte.

Y si bien lo pensamos, en realidad, los muertos no han muerto; es que se han ido antes.

José BRUNO

HOY COMO ANTAÑO

LOS BASTIMENTOS, EN 1659
Y LAS SUBSISTENCIAS EN 1921

En las revistas de erudición se encuentran, entre áridas monografías, bellos retazos de arte y documentación histórica palpante de realidad. Aparecen de súbito, entre las fulguraciones de una erudición cominera y archivista, páginas insospechadas por los profanos, que se asustan ante la indesbrazada selva de hojas llenas de fechas, citas y datos, sin poder atisbar que entre esa maleza brotan flores silvestres olorosas y suaves.

Fuera de los historiadores y críticos de literatura, apenas hay quien hojee la *Revue Hispanique*, por entender que es ella coto vedado de caza menor para gramáticos, apostilladores de clásicos y monografistas meticulosos. Los que no han saludado sus páginas ignoran cuán admirables ensayos de crítica elevada contiene, cuán sugestivos problemas de estética suscita, cuán estimables apotaciones a nuestro léxico y a nuestra historia literaria trae la interesante publicación que patrocina Mr. Huntington y dirige M. Foulché-Delbosc.

Así, en las hojas de uno de estos admirables fascículos, se ha reproducido bajo los auspicios del hispanófilo monsieur J. Cassan un curioso *Viaje a España*, escrito en 1659, por François Bertaut.

Journal du voyage d'Espagne titúlase el trabajo, publicado en París en 1669, escrito diez años antes y nunca vuelto a reeditar ni traducir. Era, pues, inédito hasta que el año pasado, por estas fechas, lo reimprimió en la *Revue Hispanique* Mr. Cassan. El autor de este *Diario de viaje por España* fué autor también de un *Estat de l'Espagne*, que fué más conocido por haber sido reimpresso en las dos ediciones que en Amsterdam se hicieron del libro de Brunel: *Voyage d'Espagne* (1665).

Curiosas y lindas cosas se contienen tanto en el *Journal du Voyage d'Espagne* como en el *Estat de l'Espagne* que le sigue y acompaña a modo de apéndice y que es como una relación del gobierno y vida política de nuestro país por entonces. Fué Francisco Bertaut, señor de Fréauville, nacido en 1621, hijo de Pierre Bertaut, gentilhomme de Cámara del rey y sobrino del poeta Juan Bertaut, que murió siendo obispo de Sées... La madre de Francisco estaba emparejada con una familia noble de España; había vivido en nuestra patria durante su infancia, aprendió bien el castellano y lo enseñó a su hijo Francisco... Ana de Austria se interesó mucho por esta semi-española, y poco tiempo después de su matrimonio con Luis XIII la empleó como secretaria privada, amanuense de la correspondencia de familia. En 1628 la señora Bertaut «colocó» a su hija Francisca en Palacio; su pobre hija, que a los diez y ocho años había de casar con el valedurario presidente del Tribunal de Cuentas de Normandía, monsieur Langlois de Motteville, que tenía sobre sus achacosos hombros ochenta años!... Francisco Bertaut, por influencia de su madre, entró también en la corte y siendo consejero togado en el Parlamento

de Rouen y prior de Mont-aux-Malades, acompañó a Madrid al mariscal de Grammont, que iba a pedir la mano de María Teresa de Austria para Luis XIV.

Solemnes y pomposas fiestas se celebraron con motivo de los esponsales de Felipe IV y su sobrina. Y para tratar de las bodas y ratificar los términos del Tratado de paz—la famosa paz de los Pirineos, que se sellaba con un desposorio—vino el mariscal de Grammont a Madrid, acompañado de una corte de grandes señores y magistrados. Entre ellos venía el consejero del Parlamento de Rouen, Francisco Bertaut.

Y entre las cosas curiosas y peregrinas que observó y anotó con celeridad de cronista en viaje Mr. Bertaut, hay una que es tan integralmente actual que se diría obra de un viajero de hoy que observase el calamitoso estado de España y muy singularmente la penuria y escasez en cuanto a las subsistencias, y la filosofía fatalista y musulmana con que el español acoge esta pobreza y carencia de frutos de la tierra y del pan nuestro de cada día. Pero dejaré la palabra a Mr. Bertaut:

«Son los menos previsores del mundo, y como la mayoría no saben apenas lo que pasa delante de sus ojos, porque no leen casi y no se cuidan apenas del porvenir y no viven más que al día, hasta el punto de que, aunque su país sea estéril y que los *bastimentos*, que llaman, y que son los víveres, sean muy caros, no se ve que se tomen la molestia de hacer provisiones en ninguna parte... De modo que muchas veces el pan les falta, como yo he visto en Almagro, pequeña ciudad situada en la mejor comarca de Andalucía, y en Segovia (que es una de las mayores ciudades de España y donde había en otro tiempo algunos de los más ricos mercaderes, a causa de los paños y de los sombreros que allí se fabricaban, y que ha sido mucho tiempo la estancia de los Reyes de Castilla, y no está más que a doce o catorce leguas de Madrid), donde no había pan en toda la ciudad el día que yo llegué, y no lo hubo hasta las cuatro de la tarde, que se distribuyó por orden del corregidor, así como en Almagro...»

Y añade luego con desolación y asombro el buen cronista ingenuo, que, como francés claro y metódico, se espanta de la imprevisión, prodigalidad y negligencia de los españoles en cuestión tan esencial como los *bastimentos*:

«Y, sin embargo, no se asustaban de eso y decían que la helada era la causa de que los molinos no anduviesen, porque están acostumbrados a hacer comida opípara hoy y a morir de hambre mañana, y no hacen provisión de nada sino para el día...»

¿No son, realmente, estas frases de Bertaut en cuanto a los *bastimentos*, aplicables de todo en todo a la situación actual de hoy en lo que atañe a lo que con fea palabra llamamos *subsistencias*? Ello demuestra que infaustamente pervive la raza en sus características prerrogativas; se eternizan los rasgos indeseables del español; en cuanto a nuestra economía nacional, hoy, como ayer, somos imprevisores, y, en cambio, se borran y desaparecen las suavidades esenciales de la casta: la hidalguía, la caballerosidad, el desdén de la muerte, la altivez, el puntillo de honor...

Andrés GONZALEZ BLANCO

DETALLES MENUDOS

BEETHOVEN Y UN ACORDEÓN

No hay como Beethoven, ¿verdad, señoras?

Salimos del Real en compañía de una dama ajamónada y sensible, que muy bien puede ser una vecina nuestra o la patrona de la casa de huéspedes donde amustiamos nuestra juventud. Nosotros, ¡ay!, sentimos algún encogimiento ante esta dama.

—No hay como Beethoven... Hemos oído un concierto magnífico y tenemos un poco de curiosidad por conocer la opinión de ¡el sublime músico alemán ha formado la señora que viene con nosotros.

—No hay como... La dama nos contempla, al fin, con extrañeza.

—¡Ah, sí! Beethoven... ¿Sabe usted que son muy incómodos los asientos del paraíso?

La opinión que nuestra interlocutora tiene formada acerca de Beethoven es que en el paraíso del Real hay unos asientos muy incómodos. No negaremos que esta opinión nos ha descorazonado algo.

Ya en la calle, al pasar por una esquina, la señora a quien acompañamos se ha detenido de repente. Un pobre ciego destroza en un acordeón cierta romanza de *El anillo de hierro*.

—¿Oye usted?... ¡Qué música más dulce! La dama suspira, profundamente conmovida. Nosotros, sin saber por qué, nos acordamos de Beethoven...

Corolario: ¡Cuántas empresas no hemos podido realizar en este mundo por querer conseguir las con algún acto heroico, cuando seguramente las conseguiríamos tocando el acordeón.

LOS CONEJOS DE INDIAS

DE UN DOCTOR

Ha sonado el teléfono. El doctor interrumpe su cena para ponerse al aparato.

—¿Quién es?—pregunta la esposa del galeno, mondanando con displicencia una naranja.

—¿Quién ha de ser? La señora de Rodríguez, una reumática inaguantable que se ha empeñado en no dejarme ni comer... ¡Vaya unas horas de llamar al médico! También a mí me molesta el reuma y tengo que ir a verla.

El doctor, naturalmente, no hace mención de los honorarios que lleva satisfechos y ha de satisfacer aún la señora de Rodríguez.

—A propósito del reuma. No sé si tomar un específico que me han mandado ayer. Creo que calma inmediatamente los dolores; pero me temo que afecte al corazón, y como soy cardíaco...

La esposa de este Hipócrates con teléfono ha tenido una inspiración de pronto.

—Oye, ¿por qué no se lo recetas a la señora de Rodríguez? Luego, si ves que le va bien, lo tomas tú.

—¿Sabes que me has dado una idea?—dice el doctor después de haber fruncido el ceño unos instantes.

La señora de Rodríguez era también

cardíaca, y tras de tomar cierto específico que le recetó el médico, se ha embarcado para el otro mundo aquella misma noche. Tal vez el específico fuese ajeno a todo, y la señora de Rodríguez muriera porque tenía que morir; sin embargo, la esposa del doctor aconseja a éste al día siguiente:

—Mira, no tomes ese medicamento; debe afectar al corazón. Ya has visto la pobre señora de Rodríguez... Y tú pensabas tomarlo, sin más ni más, anoche. El sonrío con cariño.

—Pero tengo una mujercita previsora que siempre está en todo y sabe velar por mi salud.

Desde la eternidad, la pobre señora de Rodríguez (q. e. p. d.) abomina de las mujeres previsoras que siempre están en todo.

FILOSOFÍAS ALREDEDOR

DE CINCO DUROS

En un café, dos señores están charlando. Uno es ya viejo, menudito, de aire insignificante; el otro es fatuo, joven, de maneras autoritarias. La conversación ha languidecido paulatinamente.

—Hombre, a propósito: ¿tiene usted cinco duros?—dice el más joven, sin que la petición viniera a propósito de nada; pero estas cosas parece que siempre vienen a propósito... para el que pide los cinco duros.

El señor viejo, en un instante de debilidad inexplicable, desembolsa un billete de veinticinco pesetas y se lo da a su amigo, que se lo guarda a toda prisa.

Cuando llega la hora de marchar, el señor viejo, menudito, de aire insignificante, se apresura a pagar su consumo.

—¡De ninguna manera; yo no lo puedo permitir!—exclama el joven.

Y arroja al camarero el billete de cinco duros para que cobre el gasto de los dos.

En la idea, más o menos filosófica, que el camarero tenga formada acerca de la sociedad, ocupa de seguro un lugar más eminente y de mayor categoría el señor que ha pagado.

Germán GOMEZ DE LA MATA

LECTURAS

Sin el amor que encanta, obra últimamente publicada por Estanislao Maestre, es una nueva muestra del ingenio de este fecundo escritor, que, en pocos años, ha conseguido figurar entre los más celebrados cultivadores de la novela española.

En *Sin el amor que encanta* plantea Estanislao Maestre un problema vital: el de la educación y su influencia en la vida familiar.

Con elementos inventivos sencillísimos, intensamente sentidos, narrados de una manera sobria y natural, que sólo se logra con la constante lectura de los clásicos, rehuyendo, con gusto depurado, todo efectismo en el desarrollo del asunto, Maestre consigue el interés y la emoción de sus lectores en su nueva novela, que marca un positivo progreso, en relación con las anteriormente publicadas por este escritor.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

GRAFICO HISPANO
FOTOGRAFADO
ARTE GALILEO 34 TELÉFONO 0.859

CALLOS

Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébelo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 pías.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO. 4, MADRID



FÁBRICA DE RELOJES

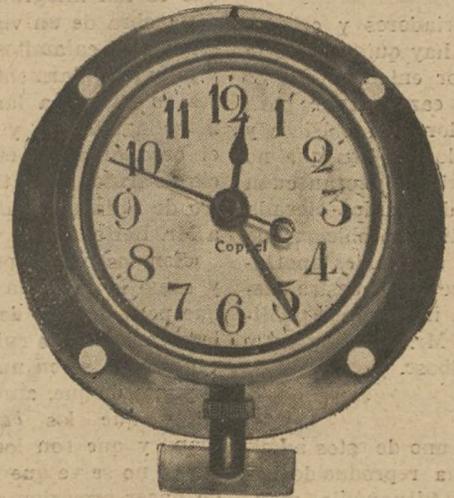
DE

CARLOS COPPEL

MADRID

Fuencarral, núm. 27.

RELOJ ESPECIAL PARA AUTOMÓVIL



Certificado de garantía con cada reloj.

Venta al por mayor y menor. Remesas a provincias.

Con estera blanca..... 75 pesetas.
» luminosa por radio..... 90

Caja de metal blanco, niquelada, con esfera de 7 centímetros de diámetro y máquina fina de escape áncora, de marcha exacta; cuerda para OCHO días.

Carlos Coppel. ♦ MADRID ♦ Calle de Fuencarral, núm. 27.



Vista parcial del comedor del Hotel de París.

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.

Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)

Impermeables Xavier

(Marca registrada)

Sastrería y pañería. Única Casa en Asturias para uniformes militares.

XAVIER MARTIN

Universidad, 14; Sanz y Porés y Rúa, 18. Oviedo

Ayuntamiento de Madrid

CERVECERÍA SETIEN, DE SACRAMENTO LAFUENTE
Corrida, 11 GIJÓN

Casa especial en mariscos y bebidas de las marcas más acreditadas.
Café puro moka.

Talleres tipográficos de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4.—MADRID